

Hacia el Bicentenario: Cómo conmemorar la Independencia en 2021*

Juan Luis Orrego Penagos
Pontificia Universidad Católica del Perú

Palabras clave: Bicentenario, Independencia, Perú, Sesquicentenario, conmemoraciones

Resumen:

A partir de una breve referencia al contexto de las celebraciones del Cincuentenario (1871), el Centenario (1921) y el Sesquicentenario (1971) de la Independencia en el Perú, se intentará reflexionar sobre los retos que nos impone el próximo Bicentenario a partir de dos preguntas: ¿cómo debemos enfrentar el análisis histórico sobre la Independencia peruana? y ¿cómo se deben encauzar las celebraciones que apuntan a 2021?

En 1897, la reina Victoria celebró sus Bodas de Oro en el trono del Imperio Británico. En todos los rincones de los dominios de Su Majestad se organizaron fiestas y conmemoraciones multitudinarias. A tal nivel llegaron los fastos que, ya en vida, la Reina quedó atrapada en el mito del orgullo británico. Lo cierto es que solo 50 años después de aquellas espectaculares celebraciones, la “Joya de la Corona”, la India, se desprendía del Imperio y, 100 años después, los británicos entregaban la colonia de Hong Kong.

Que esto sirva para recordarnos que, al final, las formas de celebrar y ordenar el pasado solo dan cuenta de una autopercepción, además, muy coyuntural. Son expresiones de un deseo de representación a menudo idealizado. Los monumentos, los arcos de triunfo, las columnas recordatorias, las esculturas solemnes y cualquier otra construcción conmemorativa, por grandiosa que sea, pueden, con el tiempo, perder o cambiar su significado. En el caso antes mencionado, con el transcurrir del siglo XX, las pompas por el jubileo de la Reina desaparecieron y, con ellas, cayó también el Imperio.

En nuestro caso, ya hemos celebrado el Cincuentenario, el Centenario y el Sesquicentenario de nuestra Independencia que proclamó el general San Martín el 28 de julio de 1821 en la Plaza de Armas de Lima.

* El presente texto se basa en la ponencia que presentamos al Coloquio en Homenaje a Franklin Pease: del Tawantinsuyu a la Historia del Perú (Orrego, 2009). Varias de las ideas aquí expuestas se nutren de los ensayos de Malamud (2006) y las entrevistas realizadas por Bustos (2009). Asimismo, fueron muy útiles las conversaciones con diversos miembros de la Comisión Nacional del Bicentenario de Colombia, especialmente con el profesor Armando Martínez Garnica. Queda claro, finalmente, que el contenido de este ensayo es de nuestra responsabilidad.

En 1871, cuando se cumplían 50 años de aquel acontecimiento, gobernaba el Perú José Balta. Las celebraciones se sucedieron por todas las ciudades del país y, en su mayoría, fueron fiestas populares organizadas por los municipios. En Lima, a parte de las ceremonias oficiales de rigor, el gran proyecto fue la construcción del Palacio de la Exposición que no pudo inaugurarse el 28 de julio de 1871, como estaba previsto, sino al año siguiente.

Lo interesante es que, siguiendo las editoriales de los diarios de 1871, se nota un cierto clima de esperanza. Al parecer, la política de obras públicas emprendida por el gobierno Balta y el virtual fin de las conspiraciones políticas daban una sensación de bienestar. Hay, por ejemplo, una reiterada mención a los ferrocarriles como símbolo de los nuevos tiempos. Además, el país vivía un clima electoral casi inédito. Como nunca antes, un gobierno llegaba a cumplir su período legal y la reñida competencia electoral, que ganaría Manuel Pardo, suscitaban el interés de la opinión pública.

Resulta sintomático cómo la prensa, especialmente la que apoyaba al candidato del Partido Civil, subrayara el hecho de que el país estaba cada vez más cerca de consolidar su orden interno. Asimismo, los medios destacaban las riquezas fiscales y los recursos inagotables que la naturaleza le había dado al país como garantía no solo para lograr una paz estable y sólida sino para aspirar a ser la segunda república de América, la primera después de los Estados Unidos.

Al parecer, el ambiente de relativa euforia de julio de 1871 no hacía presagiar la virtual bancarrota que encontrarían los civilistas cuando asumieron el poder al año siguiente, producto de los excesos fiscales de la administración de Balta por la implementación de las obras públicas y el levantamiento de los empréstitos de 1870 y 1872 en el mercado de Londres. Tampoco asomaban los evidentes actos de corrupción que acompañaron tal despliegue en infraestructura. Finalmente, la virtual conquista del orden interno sería amenazada justo un año después con la rebelión de los hermanos Gutiérrez y, especialmente, con la campaña revolucionaria de Piérola contra el régimen de Manuel Pardo que terminó opacando las celebraciones por los 50 años de la batalla de Ayacucho en diciembre de 1874. En aquella efeméride, prácticamente no hubo tiempo, dinero ni energía para diseñar un programa de conmemoraciones.

Cuando llegaron los tiempos del Centenario, el Perú había inaugurado la década de 1920 con relativa seguridad y optimismo. En líneas generales, ya habían terminado las

guerras civiles, y los conflictos internacionales estaban por definirse, al consolidarse buena parte de las fronteras. Se vivía una estabilidad política y se sentía cierta bonanza económica con la recuperación del precio de las exportaciones.

En este marco, las celebraciones llevadas a cabo en 1921 y 1924, si bien estuvieron impregnadas por la inclinación de Leguía al lujo, a la teatralidad y a todo tipo de manifestaciones grandilocuentes, fueron el marco propicio para proyectar una imagen de orden y progreso al interior y exterior del país. Asimismo, era el momento propicio para insinuar el respaldo internacional con que contaba el Perú y confirmar que tenía la tesis verdadera en el litigio sobre las provincias de Tacna y Arica. En otras palabras, demostrar el éxito del gobierno de Leguía en el manejo de las relaciones internacionales.

La historiografía ha reseñado cómo las conmemoraciones del Centenario fueron utilizadas por el leguismo como medio de propaganda. Se celebraron con el mayor despliegue posible y Leguía fue quien personalmente supervisó los detalles de todos los acontecimientos. Además, los festejos sirvieron para rendir, prudentemente, homenajes por separado a los libertadores, a San Martín (1921) y a Bolívar (1924). Fueron fiestas cívicas que evocaron la Independencia y quisieron generar la unión solidaria entre los distintos miembros de la sociedad peruana teniendo como testigos a las embajadas de los países amigos. Por su parte, el régimen aprovechó el acontecimiento para rendir culto a la personalidad del fundador de la Patria Nueva.

Lo singular del Centenario es que muchas de las obras públicas relacionadas con el acontecimiento no quedaron listas entre 1921 y 1924, sino que se inauguraron a lo largo de los años 20. Los peruanos vivieron casi una década celebrando los 100 años de la Independencia. Al final, el edificio leguista se derrumbó en 1930 y el discurso que le dio vida quedó sin contenido. Como las obras del Centenario estuvieron muy ligadas a la figura de Leguía, estas también perdieron su significado.

Así llegamos, por último, a la conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia, en 1971, que estuvo igual o más politizada que la emprendida por Leguía, aunque menos ostentosa en cuanto a obras públicas. El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, presidido por el general Juan Velasco Alvarado, vivía ese año la “apoteosis” de su plan revolucionario. Ya se había nacionalizado el petróleo, la mayoría de empresas extranjeras estaban confiscadas, los medios de comunicación actuaban arrinconados y la Reforma Agraria se encontraba en plena aplicación. Con esta última

medida, que abolía el “orden oligárquico”, la dictadura militar asumía que estaba alcanzando la “segunda independencia del Perú”, ya que la primera, la de 1821, había quedado inconclusa.

Esto había quedado claro ya desde el 8 de septiembre de 1970 cuando se conmemoraron los 150 años del desembarco de San Martín. En un discurso, en la misma Bahía de Paracas, Velasco exhortó a los países latinoamericanos al logro de la *segunda independencia*, puntualizando que “la revolución de hoy es, de este modo, heredera histórica de esa primera lucha por nuestra independencia...” y señaló que “así como los libertadores hace 150 años fueron capaces de vencer el poderío de una alianza similar, así nosotros, los revolucionarios de hoy, seremos capaces de hacer prevalecer la causa de la justicia latinoamericana en cada uno de nuestros pueblos”.

Luego, en su Discurso a la Nación del 28 de julio de 1971, Velasco sostuvo que su revolución era continuadora de la gesta libertadora de hace 150 años y que nos llevaba a la segunda independencia; el Presidente precisó que el rumbo de su gobierno “iba hacia la construcción de una sociedad igualitaria y de participación plena...”. Asimismo, en una entrevista a una revista local, con ocasión del Sesquicentenario, a la pregunta si consideraba consolidada la Revolución, Velasco respondió: “Sí, en el sentido de que ya nadie duda de que ella es una verdadera transformación de las viejas estructuras políticas, económicas, sociales y culturales y no tan solo una etiqueta para encubrir su simple modernización”. Velasco cayó en 1975 y los logros de sus reformas son motivo, aún, de amplio debate. Al parecer, el balance de su experimento fue muy negativo, al menos en términos de crecimiento económico. De las celebraciones quedan, como mudos testigos, el Parque de los Próceres y la Colección Documental de la Independencia.

¿Cómo debemos enfrentar el análisis histórico sobre la Independencia peruana?

La vieja historia política cumplió con su objetivo de canonizar el origen del estado nacional. En este sentido, la Independencia encarnó el mito de origen de la nación, una entidad simbólica que, como sabemos, cobraría existencia mucho más tarde. Una de las tareas que nos impone el Bicentenario es la profunda necesidad de reescribir esa historia para contestar preguntas más complejas planteadas por los nuevos actores sociales, que sienten la urgencia de resignificar el pasado y construir nuevos sentidos desde el presente.

A diferencia de lo que ocurre en la historiografía de otros períodos de nuestra historia, la comprensión de la Independencia peruana todavía está influida por la historiografía tradicional. Independencia y nación terminaron construyendo una simbiosis de larga duración. Buena parte del mensaje que se sigue divulgando sobre nuestra Independencia no considera algunas cuestiones de fondo. No perdamos de vista, por ejemplo, que la presentación gloriosa y heroica de las batallas ha maquillado la traumática experiencia de aquella lucha, que en realidad fue una larga guerra civil, incluso una guerra de ocupación por la presencia de ejércitos extranjeros.

Asimismo, nuestra Independencia debe ser vista desde una perspectiva iberoamericana y circunscrita en el marco de una revolución civilizadora. Es también un desafío considerar, con más imaginación, los factores azarosos que terminaron provocando el proceso de emancipación. Si tuvimos Independencia fue porque Europa (España) era un caos. Alguien dijo que esta aventura tuvo algo de “embarazo inesperado”, es decir, el prematuro arribo de tareas para las que muy pocos estaban preparados. En otras palabras, frente a eventos tan inesperados ¿los peruanos de hace 200 años supieron reaccionar creativamente? Una nueva historia debería explicar la participación de todos los colectivos y los desafíos políticos y culturales que los hombres y las mujeres de aquel período enfrentaron.

Por citar algunos casos, ese rasgo está presente en la apuesta por la utopía y el cambio de José Faustino Sánchez Carrión o Javier de Luna Pizarro, por ejemplo, quienes corrieron riesgos al proponer ideas innovadoras, relacionadas con la forma de gobernar y de producir. No olvidemos, de otro lado, que caudillos, como Andrés de Santa Cruz, tuvieron sentido de estado y creyeron en los valores republicanos. Esto nos lleva a hacernos cargo de los conflictos que acompañaron a la construcción de la temprana República.

Es cierto que en los últimos años, a nivel académico, ha habido importantes avances en la comprensión de nuestra Independencia. Sobre la base de estos trabajos, las nuevas investigaciones, y su consiguiente divulgación, deben seguir desprendiéndose de la vieja visión teleológica, heroica, episódica, maniquea y elitista. Explico.

Teleológica en el sentido de considerar que la Independencia y la República fueron puntos de llegada. Heroica, en cuanto narrativa destinada a mistificar a determinados sujetos políticos. Episódica en la medida en que se descontextualizan los acontecimientos y

solo se describe un conjunto de acciones. Maniquea porque representa a la sociedad segmentada entre patriotas y realistas. Y, finalmente, elitista, ya que privilegia la acción de un grupo hegemónico y relativiza la participación de sectores populares e incluso posibles proyectos políticos fallidos.

Creo que las nuevas investigaciones académicas deben servir como insumos para emprender el gran debate sobre la memoria, en el que los peruanos decidamos qué elementos del pasado deben ser rescatados en función de un proyecto nacional inclusivo, democrático, diverso y descentralizado. Si hasta hace unos años se justificó la elaboración de una historia “oficial” ante el reto de “inventar la nación”, hoy ya no es aceptable una construcción desde arriba de la memoria nacional, dirigida desde el Estado y sin la participación de los ciudadanos. Al Estado y a la futura Comisión Nacional del Bicentenario le corresponden proponer la nueva política de la memoria nacional y evitar el uso inadecuado del pasado para fines particulares o proyectos políticos sectarios. Hay que entender que la memoria es un asunto de construcción colectiva y, por lo tanto, es un objeto dinámico.

¿Cómo se deben encauzar las celebraciones que apuntan a 2021?

Si bien todavía en el Perú no ocurre, en gran parte de América Latina el término Bicentenario se desborda en una serie de iniciativas y actividades. Abundan las comisiones, se organizan un sinnúmero de encuentros académicos y políticos, se construyen desde estadios a bibliotecas, se publican cientos de libros y se programan infinidad de exposiciones. En muchos países, este despliegue, que además cuesta mucho dinero, está llevando a desdibujar el sentido de la celebración. Como en épocas pasadas, se está corriendo el riesgo de caer en la grandilocuencia por la obligación de “hacer algo” que conmemore el inicio de la lucha por la Independencia.

Ojo que también está merodeando la “sombra” del Centenario. ¿Qué vamos a celebrar? ¿El centenario del Centenario o los 200 años de los sucesos que ocurrieron en 1821? Las comparaciones siempre son tentadoras. Como hemos dicho, en 1921 triunfa el discurso modernizador de Leguía, llegan las embajadas de los países amigos y las colonias extranjeras rindieron tributo a su nueva patria con una serie de obsequios. Hubo mucha fiesta y derroche de dinero, pero también recordemos que el tono de la generación de intelectuales y políticos del Centenario (Porras, Basadre, Sánchez, Haya, Mariátegui) fue más bien crítico, incluso pesimista.

A partir de lo dicho, sugiero algunos puntos de reflexión:

1. Las celebraciones no deben limitarse a ciertos ejes temáticos ni localizarse en determinadas regiones o ciudades. Ya lo hemos subrayado: las actividades deben ser inclusivas. Debe ser la oportunidad de abrir un debate nacional no solo sobre la Independencia sino sobre el largo proceso de los grupos que han habitado este territorio de lo que es hoy el Perú, para entender la complejidad y diversidad de nuestra sociedad y, por lo tanto, dibujar la construcción de una sociedad más dialogante y multicultural.
2. La celebración debe promover también el nuevo rol que debe cumplir la historia en el vigente Estado nacional. Asimismo, hay que buscar una nueva relación entre la historia nacional y las múltiples historias que se escriben desde las otras orillas, que reflejan la existencia de muchas memorias provenientes de una sociedad demasiado diversa. Desde este punto de vista, hacer una nueva articulación del pasado con el presente. En suma, tenemos la enorme oportunidad de reposicionar al pasado como una representación absolutamente necesaria para construir los sentidos del presente.
3. Conviene recordar el pasado, tanto en sus grandezas como en sus miserias, y su dimensión en el tiempo. Hay que festejar, sí, pero también hay que ser conscientes de cuánto ha costado mantener el país que hoy tenemos.
4. La historia no solo pertenece a los historiadores sino a todos. Por ello, sería muy peligroso que nuestros colegas pretendan imponer una forma concreta de celebrar el Bicentenario. Para empezar, la Comisión Nacional del Bicentenario debe tener una composición también diversa y multidisciplinaria, en la que sus miembros entiendan que una verdadera celebración es una fiesta en que nadie debe sentirse excluido y que, respetando los puntos de vista, entiendan que no es cierto que el Perú sea un espacio geográfico accidental, que no es cierto que el desarrollo de ninguna localidad o región se haya hecho – o pueda hacerse– sin el aporte de las demás y que no es cierto que la *diversidad* sea un problema sino una gran posibilidad de enriquecimiento mutuo.

Una reflexión final. El habernos independizado tardíamente, nos puede dar algunas ventajas respecto al próximo Bicentenario. Así como Leguía organizó las ceremonias del Centenario después de las de muchos países latinoamericanos, las fiestas del 2021 tendrán lugar cuando ya varios países hayan celebrado las suyas. Vamos a competir, pero con la

ventaja de conocer los aciertos y errores de las otras naciones. Si Leguía quiso quebrar la imagen de crisis, heredada de la Guerra del Pacífico, de un país pobre y dividido, para el próximo Bicentenario no tratemos de resolver todos los problemas y, por lo tanto, no llegar a resolver si quiera uno de ellos. Trabajamos desde ahora en aquellos que nos permitan vivir en comunidad y en plena democracia. ¿No sirve el pasado para aquello? Sí, por ejemplo, recuperar la imaginación creativa de quienes, en tiempos de la Independencia, quisieron un país verdaderamente libre y con un profundo sentido de ciudadanía entre los peruanos. Tenemos que volver a esos valores para vivirlos y practicarlos, en vez de exaltarlos en términos puramente retóricos.

Referencias citadas

Bustos, Guillermo (editor), 2009, “¿Cómo conmemorar la Independencia? Diálogo con los historiadores Tatiana Hidrovo, Carlos Landázuri, Ana Luz Borrero, Enrique Ayala y Ángel Emilio Hidalgo”, en Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia, vol. 29, I semestre, pp. 133-146. Quito.

Orrego Penagos, Juan Luis, 2009, “Hacia el bicentenario: ¿cómo conmemorar la independencia?”, ponencia presentada en el Coloquio en homenaje Franklin Pease: del Tawantinsuyu a la Historia del Perú (11 al 13 de noviembre). Lima, Pontificia Universidad Católica.

Malamud, Carlos, 2006, “Ante los bicentenarios de la independencia de América: una propuesta desde España”, en Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América, vol. 5, núm. 1, pp. 127-134. Santiago de Chile.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.